

EL HOMENAJE AL PROFESOR LUIS ZEA URIBE

El 17 de septiembre tuvo lugar en el paraninfo de la Facultad de Medicina el acto de la colocación del retrato del Profesor Luis Zea Uribe, obsequiado por el Concejo de Bogotá a la Facultad de Medicina.

El Concejo Municipal designó para hacer la entrega del retrato, al honorable Concejal y Profesor Jorge Bejarano, y la Facultad de Medicina comisionó al Agregado doctor Edmundo Rico para que recibiera el retrato a nombre de élla. Honramos nuestra página Editorial con los discursos de los doctores Bejarano y Rico.

EL PROFESOR ZEA URIBE

Por el doctor Jorge Bejarano.

Un día del año de 1872, el 29 de agosto, se venía al mundo en la ciudad de Titiribí, del Departamento de Antioquia, un niño cuyos destinos marcaban en el itinerario de la vida nacional una amplia huella de luz y de gloria. Ese futuro ciudadano y hombre de cinecia era en el correr de los años el profesor Luis Zea Uribe. Dulcemente transcurrieron los años de su infancia en el regazo del hogar hasta que ya joven, pasó luego a los claustros de la Universidad de Antioquia, semillero de hombres ilustres, donde adelantó sus estudios de bachillerato. Lo atrajo a la capital de la República —centro más tarde de su expansión espiritual— y aquí en el Colegio del Rosario, siempre destacado y sobresaliente, coronó su enseñanza secundaria. La Facultad de Medicina lo contó bien pronto entre sus discípulos y se ufanaron de él los viejos claustros de Santa Inés. Sus compañeros de año cuentan cómo en el silencio de los claustros irrumpía en medio del lento tintinear de la fuente que erguía su blanco penacho en la mitad del patio colonial, la voz sonora y dogmática de este futuro gran señor de la pal abra y de la idea.

Sobre "Cultivo del bacilo de Eberth y sero-diagnóstico de la fiebre tifoidea", versó el trabajo inaugural de la carrera médica del profe-

sor Zea Uribe. Tema de relativa importancia todavía hoy en nuestros días, era por allá el 18 de febrero de 1898 cuanto lo llevaba a cabo su autor, es decir, hace 37 años, un estudio de la más profunda novedad y la primera vez que en Colombia se evidenciaba en un rudimentario laboratorio el célebre descubrimiento del profesor Widal, gloria de la medicina francesa. La tesis del profesor Zea Uribe venía exaltada en su primera página con la dedicatoria que él hizo de su trabajo a dos excelsas figuras del liberalismo colombiano: José María Lombana Barroneche y Fidel Cano, fueron los nombres que él evocó en su trabajo científico. Ambos estaban ahí bien, porque ellos dos eran un símbolo en el itinerario mental del joven médico que de los claustros de Santa Inés volaba con las alas de la ciencia y de la espiritualidad por todo el firmamento de la República.

Pero es curioso anotar que en el prólogo de su trabajo de tesis, el profesor Zea Uribe deja constancia de que antes de escribir sobre el tema de la reacción de Widal, escogió como punto para su estudio de grado el hipnotismo, cuestión sobre la cual había ahondado un poco; pero refiere que inconvenientes inesperados lo hicieron abandonar su propósito, quedando así frustrado el deseo que tenía de exponer y de “tratar hechos sobre los cuales amontona la ignorancia extrañas explicaciones”, según su propia expresión.

Interesante hubiera sido para la historia de nuestra independencia espiritual, averiguar con el autor de tan interesante estudio, qué razones hubo para que él tuviera que prescindir de tocar en ese entonces tan apasionante cuestión.

La tesis del profesor Zea Uribe fue no sólo la expresión de un estudio científico, sino que ella tiene el mérito inmenso de referirnos todas las circunstancias precarias en que se llevó a cabo la investigación. Ese es para mí su indiscutible valor así como el del ejemplo que brinda a las nuevas generaciones, levantadas hoy en medio de laboratorios rodeados de elementos.

Todos sabemos que por ese entonces en la vida del laboratorio no había entrado un elemento tan primordial como la estufa. Para sus cultivos experimentales el profesor Zea Uribe tuvo que inventar una estufa cuya temperatura regulaba él en persona en el día como en la noche. Esto nos lo refiere en el modesto prólogo de su obra de la que sólo sentía el orgullo de haber visto surgir su experimentación bacteriológica, de su fe inquebrantable y de su anhelo de comprobar en Colombia el resultado de un descubrimiento de tanta significación en el diagnóstico de una enfermedad que como la fiebre tifoidea prende todavía en Bogotá su llama exterminadora.

Dice así el doctor Zea Uribe: “Escribir no es difícil; y tomar ocho o diez autores para comparar y entresacar lo que opinan sobre determinada entidad mórbida, acuñando después esos párrafos, tampoco es cosa que demande graves meditaciones”.

“Pero eso de irse a comprar alcohol para encender lamparillas que

han de dar cierta cantidad de calor a una estufa inventada aquí, en la cual hace uno sus cultivos; eso de ponerse noches y días a vigilar la temperatura que varía según la longitud de la llama, el estado del aire y del cielo; eso de ir uno en persona a punzar un bazo para hacer siembras y luego aguardar que se desarrollen cultivos eso, nos parece que si no tiene tres bemoles, si tiene dos por lo menos, aquí en Bogotá”.

Dentro de la claridad de una expresión amena y dentro de las normas de un criterio científico irreprochable, desarrolló luego el joven médico su tesis inaugural en la que no solamente hubo el ingenioso detalle de suplir un elemento de laboratorio con otro muy rudimentario, sino la originalidad de haber él descubierto un método nuevo para producir la reacción aglutinante y que no había sido antes descrito por Widal ni por ninguno de los experimentadores que se ocuparon de los métodos de su célebre reacción serológica.

El caso del profesor Zea Uribe es el que todos sabemos ha rodeado a los más célebres investigadores de Francia y otros países. El genio de Pasteur y el de tantos otros franceses, encontró en toda hora la pobreza como única compañera y acicate de su vida investigadora y fecunda. En medio de ella han nacido siempre los grandes descubrimientos que han hecho los hombres de la raza latina. A esas dificultades; a ese cerrarle el paso la pobreza al genio, es a lo que en mi sentir puede atribuirse el soplo creador de la raza latina que ha conducido los destinos de la humanidad a las más altas cimas del saber humano. Es posible que esos mismos investigadores rodeados de riquezas y de todos los elementos, se hubiesen limitado a esperar que la ciencia y el progreso les fuesen importado desde otros pueblos y otras razas.

Leyendo las páginas de su tesis de grado, llenas de colorido y de oportunas observaciones, aprecia uno mejor a través de la distancia de 37 años, lo que fue el triunfo obtenido por el profesor francés en el camino por él señalado para el estudio y el diagnóstico de la fiebre tifoidea. Fue éste, con muchos otros, el legado que el siglo XIX dejó al futuro de la medicina como sello de su eternal grandeza.

Dos días después de la coronación de su carrera médica, el profesor Zea Uribe contraía matrimonio en Bogotá con la clarísima dama que fue luz y ternura en su ascensional carrera. Cuando en 1934, se apagaba para siempre el ritmo del corazón de su amado, ella también cerró los ojos a la luz y se fue a buscarlo para seguir ese eterno coloquio de dos almas que vivieron para sus hijos y para el espíritu.

Con ella fue a Europa a raíz de su grado. Dos años de permanencia en las grandes capitales, le abrieron nuevos horizontes a su vida de filósofo y a su ambición científica. Con un bagaje que no era de trajes a la moda ni de olvido del nativo idioma volvió a Colombia y se estableció en Bogotá donde su consultorio conoció los éxitos de una vasta y selectísima clientela.

De entonces para acá el profesor Zea Uribe no limita sus aspiraciones y sus disciplinas al estrecho y monótono ejercicio de una pro-

lesión. Comprende que los tiempos presentes dan al médico un derecho que arranca desde épocas remotas, para tomar parte activa en la vida de las democracias y para guiar con su saber la conciencia de los pueblos. Somos los investigadores infatigables del “por qué”, muy en contra de los adictos de la política trivial que persigue ahincadamente un “para qué” de conveniencias sociales”. “En nosotros es hábito y ya casi segunda naturaleza el proceder por severa inquisición de la causa”, ha dicho en reciente y solemne ocasión López de Mesa. Por eso, el profesor Zea Uribe se vio atraído hacia la política y hacia el cultivo de apasionantes cuestiones filosóficas que tocan en las lindes de los dogmas.

Este mismo Concejo Municipal de Bogotá, que él honró con su presencia, en los años de 1923 y 1924, fue su tribuna inicial. Conocía como nadie, por haber sido director municipal de higiene, los muchos problemas sanitarios y sociales que de manera incesante viven aquí creciendo y esperando nuevas soluciones. La tribuna edilicia le sirvió para mostrar nuestras lacras sociales, y sus compañeros de labor así como el recinto del cabildo, guardan todavía el eco de su robusto pensamiento.

Su carrera política se abrió paso a través de su vida edilicia. El concejal de Bogotá pasaba después a diputado y por último, en 1925, a representante en el Congreso Nacional.

Aquí su fama de político; de médico que conoce a fondo las cuestiones sociales, se consolida con las exposiciones y oraciones, siempre memorables, que de sus labios escuchamos muchas veces. Todavía guardo en mi memoria la tarde inolvidable en que le oí hacer sobre el alcoholismo una de sus más grandes disertaciones. La correspondencia de ideas y de sentimientos en un tan grave problema nacional que siempre ha llenado de angustia mi espíritu, me acercó todavía más a mi maestro cuando era yo su discípulo en los amados claustros de Santa Inés.

Por aquella época el gobierno americano decidía convocar en la capital de los Estados Unidos un congreso interparlamentario. El Congreso de Colombia escogía entre otros nombres ilustres para representantes en aquella asamblea el del profesor Zea Uribe. Pudo entonces llevar allá la representación digna de su país y ser el exponente de una cultura internacional que en esta como en otras ocasiones ha demostrado que somos un pueblo que juega un papel en el avanzado concierto de las naciones.

Voluntariamente he dejado para este lugar, el análisis de la vida de Luis Zea Uribe, como profesor. Muy joven todavía, la Facultad de Medicina lo llamaba a ocupar la cátedra de histología y más tarde la de bacteriología y parasitología. Los que tuvimos la fortuna de ser sus discípulos en esta última materia, pudimos apreciar sus dilatadas cualidades de maestro insuperable. La oratoria; la claridad en la exposición; la profunda posesión de la materia que enseñaba, todo ello, digo,

daba al profesor Zea Uribe un inconfundible relieve que lejos de alejarlo de sus discípulos, lo vinculaba a ellos y lo hacía más digno del respeto y admiración con que todos lo escuchábamos y lo rodeábamos. Terminada la hora de clase, ésta se prolongaba en una amena charla que el profesor hacía recaer habitualmente sobre graves cuestiones filosóficas.

Cuando ya fatigado y abrumado por ocupaciones particulares hubo de retirarse de la enseñanza, la Facultad de Medicina le dio la más alta consagración haciéndolo profesor honorario.

La Academia Nacional de Medicina, en mérito a sus muchos trabajos científicos, lo hizo un día miembro de ella. Su rectoría le estuvo confiada como presidente de tan alta corporación, y todos los miembros de esta docta institución, recordamos con emoción las muchas veces en que él intervino en cuestiones sociales o científicas.

El marco de la fama nacional fue muy pequeño para contener la enorme personalidad del profesor Zea Uribe. Títulos, condecoraciones, correspondencia con hombres eminentes de otros países, quedaron como trofeos de su vida científica sobre el escritorio del ilustre varón que inundó de ideas y de pensamientos la joven nacionalidad de la cual fue él uno de los más eximios exponentes. Academias y asociaciones científicas de Europa, Estados Unidos, Centro y Sur América, lo hicieron miembro correspondiente. Pero entre todas ellas, dos lo llenaban de orgullo y satisfacción. Eran la de miembro de la Sociedad Astronómica de Francia y la de Oficial de Instrucción de la Academia Nacional de Medicina de París. Fueron estos dos homenajes los mejores y más preciados pregonos de su fama.

Ya he dicho que el profesor Luis Zea Uribe espigó en otros campos distintos de los de la medicina y de la política. A semejanza de Luis Razetti, en Venezuela, fue un espíritu inquieto y dinámico, ávido de conocimientos, que no se resignaba a no ser explorador de otros mundos distintos de esta constelación celular y microbiana que integran la vida del hombre. Exploró el alma de los atormentados en crisis de pasión humana. Los estrados judiciales lo vieron y lo oyeron entonces exponiendo ratiocinios inconfundibles para explicar las causas de la obsesión como genitora del delito.

De los estudios psiquiátricos pasó a la astronomía. Sintióse atraído a la ciencia de Flammarión para saciar su sed de otras disciplinas que le permitiesen a su espíritu volar más alto. Muchas horas en la alta noche, lo sorprendían en el observatorio de su casa, en íntimo coloquio a través de la lente del antejo astronómico con la luna o las estrellas. Fue a París y allá tuvo la ocasión de conocer y de tratar a Camilo Flammarión, ese mago y buzo de la noche que dejó páginas inmortales de ciencia y de armonía. Con él tuvo la fruición de ver y sorprender a Marte y de estudiar a fondo los canales que el astrónomo Schiaparelli descubrió en ese planeta en el último tercio del siglo pa-

sado. Durante su época de afición a las ciencias astronómicas, podemos decir que el profesor Zea Uribe vivió en el reino de las estrellas.

Cuando en el año de 1923 el sabio Einstein lanzó al mundo su original y extraordinaria teoría de la relatividad, solamente los virtuosos del cálculo pudieron asimilar esta sorprendente tesis que tenía por base y fundamento una serie inmensa de demostraciones matemáticas. El mismo Einstein se declaraba satisfecho de que veintisiete cerebros en el mundo lo hubiesen comprendido. Einstein, como lo dijo el profesor Zea Uribe, "es un solitario de la meditación". Pero el profesor y médico colombiano fue uno de los pocos cerebros privilegiados que comprendieron y asimilaron la teoría einsteniana. Contribuyó a vulgarizar el descubrimiento del sabio alemán y muchas veces oímos de sus labios la clara explicación y fundamento de la nueva ley matemática que llegó a la afirmación de que la recta no existe y de que el infinito no es infinito.

La total asimilación que el profesor Zea Uribe hizo del a confusa e inexplicable teoría del genial matemático, fue tan perfecta y tan completa, que ella le permitió llevarla en medio de auditorios apenas compuestos de simples estudiantes de bachillerato. Fue esto lo que hizo allá por el año de 1923, cuando al visitar la ciudad de Cartagena lo invitaba el rector del colegio "La Esperanza", doctor Irisarri, para dictar en él una conferencia de divulgación sobre este tema que por ese entonces agitaba los centros científicos europeos. La disertación fue maravillosa y de una claridad tal que todo aquel auditorio quedó informado de los grandes fundamentos de la más revolucionaria de las adquisiciones matemáticas.

Esa misma sed insaciable de lo infinito, condujo bien pronto al profesor Zea Uribe a al búsqueda de otros mundos. El Sol, la Luna y las estrellas le eran ya familiares y en el año de 1923 se lanza tras las conquistas espiritualistas. Creía en Dios; lo había admirado y contemplado con éxtasis y frenesí en el milagro de la vida, de la tierra y del éter, y quiso seguir buscándolo y compenetrándose de su substancia, al buscar una explicación para la existencia y reencarnación en el mundo de las almas. Eso es su libro "Mirando al Misterio", publicado en 1923 en medio de réplicas de carácter filosófico y religioso y acatado con miramiento científico en los centros europeos. Fue la obra en que aparece el espíritu convencido y combativo del insigne médico que a semejanza de profesor Botazzi se lanza por las regiones inexploradas de la biología humana. La psicometría que parece ser una extraña forma de intuición o de adivinación; el desdoblamiento de la personalidad; la transferencia sensorial, el ensueño premonitorio; la telepatía; la telekinesia; la lectura y transmisión del pensamiento, las manifestaciones medianímicas, todo esto que constituye el recóndito pliegue de nuestro Yo, está explicado en forma maravillosa en el libro del gran discípulo de Allan Kardec, de Richet y de Flammarion.

"Así como el minero que ahonda en las entrañas de la tierra en

busca de filones preciosos, escribe Zea Uribe, encuentra cuando menos lo espera, una riqueza que no es de la naturaleza de la que buscaba, así acontece a los que profundizan el espíritu humano dentro de esta índole de manifestaciones, porque hallan, sin buscarlos especialmente, fenómenos que revelan potencialidades enormes, no estudiadas ni analizadas todavía en nuestra personalidad espiritual”.

Las anteriores palabras, llenas de un profundo contenido, explicarían a muchos la razón de esta evolución del eminente clínico cuya obra y disciplinas de los últimos años fueron juzgadas con criterio utilitarista o racionalista. Cómo es posible, se decían, que este médico y sociólogo que hubiese podido dar al país el fruto de un estudio más práctico y benéfico, se perdiese en las marañas de lo ideal y de lo abstracto?

El hecho no es raro en los hombres de ciencia, y la historia de la humanidad está llena de casos en los que verdaderas cumbres del saber, hallaron como único sosiego la investigación de Dios o la persecución del destino último del alma humana. Filósofos; literatos; químicos; fisiólogos y naturalistas forman esa larga cadena que a través de las distintas etapas de la vida han marchado también en busca de la Suprema Verdad.

El profesor Zea Uribe nunca pudo resignarse a la afirmación milenaria de Sócrates, el filósofo ateniense, según la cual “el alma cuando se escapa del cuerpo se dispersa cual un vapor o una humareda, sin dejar huellas”. Tampoco pudo aceptar el crudo ateísmo de Voltaire, y con su cultura científica, al igual de otros muchos, “sintió” el alma humana, aun cuando nunca supo lo que es, lo que ella significa, ni el destino cósmico que le está señalado.

En todo caso el filósofo, espiritualista que vivió entre nosotros; fue un decidido convencido de los fenómenos que allá por los años de que vio en el alma humana una prolongación de la sabiduría divina, 1848 y 1849, conmocionaron al mundo desde la pequeña aldea de Hydesville en el condado de Waine. La casa donde habitaba la hasta entonces modesta familia Fox, fue el epicentro de este nuevo despertar de las doctrinas espiritualistas que llegó con Charles Richet y William Crookes a la visualización de los espíritus y con Isaac Post a la creación de un telégrafo espiritual.

Allan Kardec modeló por así decir la personalidad espiritualista de Luis Zea Uribe. Fue su maestro amado y entre las burlas y las críticas de sus contemporáneos, él siempre recordaba a manera de un acto de fe en sus doctrinas, el amor y la unción con que Allan Kardec guardaba en una urna pequeña las cenizas de sus libros y teorías, incinerados en irascible momento y en hoguera pública por el obispo de Barcelona. Y alguna vez me decía: “no serán las burlas y críticas las que logren apartarme de mi credo espiritual; ellas como el fuego que ardió los libros de Allan Kardec, no son sino un arbitrio estéril y contra-productente en este siglo de linotipo y de la imprenta. Creo en el espi-

ritualismo; creo en Dios y con Allan Kardec pienso que el espiritismo será científico o no será”.

Señor Rector de la Facultad de Medicina, señor Profesor Agregado doctor Rico: el pincel maravilloso del artista Francisco A. Cano, vertió en el lienzo la figura dulce y serena del profesor Zea Uribe. Nada hay en la obra del insigne artista que no sea la fiel imagen del lamentado profesor. Ahí está en sus labios prisionera su habitual sonrisa; ahí en sus ojos el fuego inextinguible de su alma; ahí en su rostro la expresión serena y elevada de su personalidad; ahí en su cabeza —asilo y germen de deslumbrantes ideas— el resumen y el eco de la vida con que el pincel animó la excelsa figura del eminente pensador. Lleno de orgullo dejó en este Instituto la preciosa reliquia con que el cabildo de Bogotá exorna hoy los muros de nuestra ilustre Facultad. Parece, señores, que el retrato se anima al penetrar a esta mansión, dentro de la cual deambula el espíritu de Luis Zea Uribe. Ante el pórtico de la Facultad hay voces que le eran gratas: son las de la juventud en cuya representación el profesor Agregado Edmundo Rico sale a darle la bienvenida. Zea Uribe no ha muerto; vive hoy aquí entre nosotros y desde el sagrado sitio donde hoy lo colocan con respeto y veneración sus discípulos, él continuará en esta casa presidiendo las fiestas del espíritu.

ZEA URIBE

Por el doctor Edmundo Rico.

Suele, la engolada gratitud de los hombres, objetivar en la relativa inmortalidad de la Historia, del bronce o del retrato, su admiración por las vidas preclaras. Fragmentarias, parciales, indecisas y hasta mitológicas, las páginas de ese almacigo de verdades raquíticas en que parpadea la Historia, rara vez captan el perfil de los hechos pretéritos porque el diapasón de la lógica subjetiva monta guardia infatigable en torno a las creencias, opiniones y principios de quienes interpretan el Pasado.

Por ser mudo, el bronce es más verídico que la Historia. Y sin embargo, el bronce por burilado e impresionante que aparezca, simboliza apenas un bloque inerte, algo metálico a cuya dureza indomable faltan la inquietud, la esencia o el colorido del espíritu. El pensador de Rodin, propiamente no medita, porque sus ojos son pétreas concavidades, sino que esboza, en la artificial y generalizada contracción muscular, aquella mímica herculana con que inútilmente el artista quiso hacerlo pensar... La indocilidad estatuaría, desfigurada, empalidece o



Profesor Luis Zea Uribe.

mata las fulguraciones anímicas que la euritmia creadora anheló imprimir.

Muy otro, es el retrato. Porque, sin la vaguedad de la Historia ni la rigidez del bronce, el retrato tiene una vida que reside en los ojos; un indisoluble complejo órgano-psíquico que perdura en la epidermis del rostro; un conjunto de luz, de penumbra y de sombras tras de cuyos matices circula febrilmente todo ese revuelto devenir de ideas e imágenes; de sentimientos y añoranzas; de virtudes y defectos que fueron o que son el YO profundo del original.

El pincel del retratista es más dúctil, más humano y elástico que el buril del escultor. Mientras el uno inmortaliza la inercia, el otro la destruye. Y es que la cohesión granítica del bronce, por aguda que resulte la inteligencia del brazo que lo plasma, embota o paraliza el calor vital. En cambio, el lienzo, por ser frágil, maleable y poroso como la vida, deja que la mano de quien lo trabaja se empape en los mordentes mismos de la afectividad.

Dos grandes artistas —el uno del pensamiento y el otro del pincel— unidos ambos por el más allá de lo perceptible— se presentan ahora en

la augusta supervivencia de este óleo señorial: Luis Zea Uribe, evocado por Francisco A. Cano...

Diríase que el alma atormentada e inconforme del pintor, quiso diluirse en la tersa serenidad el amigo que planeó, menos en el patético realismo de aquí abajo que “en las tierras del cielo” como las llamaba Flammarión.

Analícemos, bajo los prismas del recuerdo, el último modelo que los dedos nerviosos y casi preagónicos del maestro Cano confiaron a la exquisita receptividad de la tela. Su hijo León, retocó con destreza lo que allí dejara inconcluso el galopar de la muerte, pero el soplo creador e interpretador del maestro, orea en la raigambre de este retrato, prodigioso por la exactitud de los rasgos e impresionante por la cantidad de vida que lo anima.

Así era, éste era, aquí está el profesor Zea Uribe. Dilatada y robusta la frente, tras el entrecejo aparece junto con la armonia de la inteligencia, la munífica pureza del pensamiento, las pupilas, suaves, móviles, filosóficas, levemente tristes, filtran el cordial embriagante de la concentración interior, permeabilizan, por así decirlo, las aguas vivas de un tesoro espiritual, escondido en algún recodo seductor de la subconciencia. La nariz rectilínea, frágiles y bondadosos los labios, en sus comisuras, en vez del sedimento irónico, apenas si fibrila el relieve de las virtudes teologales. Y, estilizando el conjunto fisonómico, surge la lividez mate de su piel, aquella palidez suya, adquirida en sus andanzas nocturnas por los dominios esquivos y prohibidos de la Inmensidad.

Es tanto el dinamismo de este retrato que, cuando se le mira intensamente, parece como si el profesor Zea Uribe fuese a resucitar: el marco se esfuma mientras el infolio de la sapiencia, va cerrándose con imperceptible lentitud... Animase el corbatín clásico; adquiere contornos la desnivelada dejadez de los hombros; fulgen las facetas del solitario en el anular de su mano izquierda —familiarmente columpiada entre la manga del chaleco, con ese su andar reloj. Camina, con ese su andar pausado, rítmico y casi impalpable. Sonríe... Diríase que musita su fascinante traducción de Verlaine: “sobre la ciudad y sobre mi corazón está cayendo nieve”.

Tal es la reliquia que, por conducto de la voz autorizada y elocuente del profesor Bejarano, el Honorable Concejo de Bogotá obsequia a la Escuela de Medicina en cuyo nombre, a la par que me honro en recibirla, expreso al Cabildo la gratitud unánime de la Facultad. Los muros, solemnemente discretos de esta Aula Máxima —que son como la pila bautismal en donde reciben el agua bendita de la consagración médica los noveles buzos de la gaya ciencia— se impregnan de santidad laica con la venturosa compañía de este hombre todo amor, todo fé, todo dulzura, que fue Luis Zea Uribe!

Espléndido era el joyel de su cerebro como asombrosa la integridad de su ejecución mental. En cada circunvolución, en cada pliegue de paso, en cada fibra gris asociativa, se asentaba la inmarcesible prestancia de su noble célula nerviosa. En el equilibrado rendimiento de aquellas neuronas, en la inextinguible hoguera de combustiones intelectuales, avanzó siempre el porvenir de la inteligencia. La agudeza de asimilación de Zea Uribe, corría parejas con su proteiforme capacidad de trabajo. Gran artífice de la clínica y ameno explorador de múltiples ciencias abstractas, ahondaba en ellas, unas veces con el criterio determinista, experimental, y otras, quizás la mayoría, con la muelle exégesis del filósofo místico. Era, al mismo tiempo, investigador y poeta, porque unía a su imaginación bellamente creadora, un finísimo, un sangrante temperamento sensitivo. Fue ajeno a la hiel de las pasiones comoquiera que el triple potencial ideológico, sensible y motor de la integérrima unidad de su psiquismo, estaba crónicamente sincronizado en un kaleidoscopio, en un mágico surtidor de emociones. Y, según el principio kantiano, en donde impera el coeficiente emotivo, no existe la pasión. Feliz Zea Uribe que ni conoció las tarascadas de la envidia; ni supo del corrosivo vitriolo del odio, ni ulceró su garganta con la quemante acidez del egoísmo!

¡Qué hechizo más jugoso el de su palabra! Era su voz grácil laúl fonético en cuyas cuerdas vocales, el vocablo se transformaba en ritmo, el ritmo en tonalidad, la tonalidad en melodía. Cuando hablaba, impregnábase la estancia con perfume de violines y, entonces —valiéndome de alguna estrofa de Rasch Isla— “era tal el encanto que en las cosas había, que daban como anhelos de besar el ambiente”.

No menos sinfónica resulta la estupenda nitidez de su estilo. Sus escritos —que próximamente la devoción filial de Germán Zea Hernández recogerá en volumen— descuellan así por la castiza y ondulante factura del período como por la incandescencia del saber. Si es verdad que “el estilo es el hombre”, ninguno como el de este poeta en prosa que fue Zea Uribe, sintetiza con mayor donaire la serena pulsación de una vida.

Por un fenómeno frecuente en nuestras democracias, viése mezclado en lides políticas, parlamentarias y hasta banderizas. Mas, aquellos intermitentes episodios en nada desvirtuaron su innata vocación de investigador. Porque Zea Uribe era, ante todo y por sobre todo, un biólogo, en la gallarda majeza del vocablo. La tensa incógnita en que oscilan los estribos de la vida y la muerte, le llevó, como de la mano, a las oquedades metafísicas lo mismo que al aprendizaje de cuantas ciencias fisicoquímicas tuvieran concatenación con sus estudios predilectos. Que la Biología encarnaba para él el eje de su curiosidad inagotable, lo demuestran estos apartes que son como la entraña en que vislumbra la continuidad de dos mundos: “la vida está constituída por equi-

librios atómicos inestables que hacen de nuestro cuerpo una raquitectura transitoria y fugaz. Los equilibrios estables de las células, de las moléculas y de los átomos se encuentran en la muerte. Morir es lo natural; vivir es el milagro”.

De ahí que amara lo invisible, así fuese infinitamente pequeño como infinitamente grande. La bacteriología le interesaba, no por los medios de cultivo bacteriano, ni por las trivialidades ópticas con que nos alucina la ilusoria brillantez de las lentes del microscopio, sino por las sutiles metamorfosis de los microbios; por sus desdoblamientos impresionantes; por aquel poderío diastásico que en el lapso de pocas horas, aniquila los más sólidos o perfectos edificios moleculares.

Su florida educación clínica, buscaba en la viscera, no la burda lesión anatomopatológica, sino las concomitantes éticas que reforzaran o relajaran el funcionalismo morboso. Y su interés por la astronomía, lejos de enfrascarle en la azulada y esquizoide contemplación del firmamento ilímite, le inducía, por el contrario, hacia la búsqueda de algún indicio coloidal, perdido en la ciclópea estructura de los sistemas interplanetarios...

Por su temperamento idealista y, como biólogo, más del microcosmo del alma que del macrocosmo de la materia, hubo de llegar tempranamente a donde debía llegar: a las zonas de lo suprasensible, al culto por los muertos que desde un más allá vaporoso, gobiernan a los vivos, hacia “aquellos Espectros que, al decir de Ibsen, dirigen, lo mismo nuestras reacciones orgánicas que mentales”.

¡Los muertos! Pero, ¿quiénes son ellos? Para el profesor Zea Uribe simbolizan entidades imponderables e invisibles que a través de transformaciones o de evoluciones sucesivas, llegan hasta la divina perfección. Para él, “el espíritu es una fuerza de la materia que existe, en mayor o menor grado, en todas las esferas animales y que ha logrado, en el hombre, la culminación suprema. Ese espíritu se perpetúa más allá de la muerte, conservando la integridad de sus afectos y recuerdos; es lo que los escolásticos llamaban principio de la individualidad. Y va evolucionando en pos de encarnaciones sucesivas, va acercándose a Dios, a medida que se purifica”.

Romántica creencia que, por paradójico, por antinómico que el hecho parezca, se confunde en el plano positivista con los postulados de la biología contemporánea. “La antigua historia natural —escribe Jean Friedel— era humana, demasiado humana; hoy, la tendencia antropocentrista, ningún crédito tiene en la retorta científica. Entre el hombre y el animal, entre el animal y la planta, no existen diferencias de naturaleza sino apenas de adaptación evolucionista”.

Auguste Comte, “intuyendo esta sed ardiente de idolatría que devora nuestro corazón, propone el culto del GRAN SER, ya que la humanidad se compone, más de muertos que de vivos. Pero, si retrocedemos hacia el pasado remoto en pos de los abuelos a quienes de veras quisimos, ¡qué cúmulo de ancestros desconocidos los que vamos hallan-

do! Tras ellos nuestra imaginación descubre, en el borroso panorama de inúmeras generaciones, la imprecisa silueta del hombre de las cavernas. Todos estos muertos, tiernamente amados o completamente ignorados, gloriosos u opacos, forman parte del GRAN SER. Mas, ¿por qué excluir al enigmático primate que engendró al hombre cavernario? ¿Acaso este primate es superior a cualquier otro simio, a cualquier otro lemúrido? ¿Por ventura el mamífero es más divino que la cigüeña? ¿Por qué olvidar los majestuosos árboles de la floresta o las imperceptibles bacterias, tan necesarias a la existencia del universo mundo?”.

El GRAN SER se ensancha indefinidamente y, en buena dialéctica, acaba por convertirse en el GRAN TODO! De aquí a restaurar la idea de Dios —bajo forma deísta o panteísta— no hay sino un paso que, antes de franquearlo, abre, de par en par, las puertas suntuosas de la metafísica. La ciencia se escapa de sí misma cuandoquiera que intentamos generalizar. El espíritu humano, si anhela comprender los hechos con holgura, véase obligado a empinarse por encima de lo rigurosamente demostrable.

Por delirante que aparezca a primera vista el problema, nada de visionaras tienen las lucubraciones de Luis Zea Uribe en torno a la lujosa invisibilidad en que gravita, junto con la biológica irradiación del GRAN SER, el envolvente misterio del GRAN TODO... La controversia se reduce, para ciertos hombres, en una espiritualización, una sublimación de la materia, al paso que para otros, estriba en una materialización del espíritu. El orden de los factores no altera los hechos, de modo que lo denominado por Maeterlink y Zea Uribe, HUESPED DESCONOCIDO o YO SUBLIMAL, es aceptado por otros con los nombres de SUBCONSCIENTE o de subsuelo freudiano.

Y es en esta subconsciencia filogenética, tachonada de átomos hereditarios, de hábitos, supersticiones y modalidades ancestrales, en donde seguramente empalma el culto irrestricto por los muertos, las bases de su supervivencia, el eco de sus vidas sucesivas, y, en una palabra, las causas y efectos en que se apoyan las doctrinas espiritistas. En lo Inconsciente Colectivo está el imán psicológico que nos impele a soñar por las fantásticas lindes de lo arcano; allí, yace la creencia instintiva en la inmortalidad del espíritu. “La idea congénita de que en el mundo hay algo indestructible —apunta el alemán Haeblerin— ha encontrado expresión en el budismo, en la tesis de la transmigración de las almas; en la física moderna y en el principio de la conservación de la energía a que repentinamente llegó Roberto Mayer, por simple intuición de su subconsciencia atávica”.

Cuenta Renán que “una de las leyendas más extendidas en Bretaña, es la referente a cierta ciudad de Is, que en época remota la devoró el mar. Señálase, todavía, desde algunos arrecifes de la costa, el sitio

ocupado por aquella ciudad fabulosa, de cuya opulencia hilvanan los pescadores episodios extraños. Aseguran que, en los días de tormenta, emerge en la comba de las olas el vértice de las flechas de sus iglesias, mientras en los de calma, se escucha ascender, desde el abismo, el sonido de sus campanas modulando el himno del día. A menudo, creo —continúa el autor de "Souvenir d'Enfance et de Jeunesse"— que también llevo en el corazón una ciudad de ls, cuyos bronceos sonoros se obstinan en convocar a oficios sagrados a unos fieles que ya nada oyen. En veces me detengo, atento el oído a estas temblorosas vibraciones que me parecen venir de profundidades infinitas como si fuesen voces de otro mundo, como si fuesen el eco lejano de una Atlántida desaparecida".

No podría explicar los motivos que me inducen a creer que en la elegante afectividad del profesor Zea Uribe, navegaba aquella estupenda ciudad de la leyenda bretona, descrita por Renán con tan ondulantes metáforas. En ese océano azulado pero recóndito que fue su subconciencia emocional, surgían las espadañas de añejos santuarios tejidos en el encaje idealista de un misticismo perfecto; inteaban, de continuo, las campanas ancestralmente dulces de sus muertos queridos; allí residía el embrujo de sus inescrutables, de sus misteriosos coloquios con los ausentes de la Madre Tierra.

Porque la subconciencia, es decir, la segunda personalidad de Zea Uribe, era un palimpsesto maravilloso cuyos caracteres originales, él gozaba descifrándolos en la escritura de los espíritus, únicos reactivos suprasensibles, únicos sobrevivientes de esa Atlántida desaparecida en que estaba incrustada su herencia cósmica.

Pero ya repose la clave del espiritismo en entidades invisibles que a través de reencarnaciones sucesivas llegan a la suprema perfección, o ya en el dinamismo de átomos ancestrales que habitan en los bajos fondos, en los pasadizos subterráneos y biológicamente impercederos de nuestro propio Inconsciente, es el hecho que estas doctrinas —espiritualistas o materialistas— tienen ambas el hechizo de alejarnos, si quiera sea temporalmente, del rudo, del prosaico, del fétido contacto con las miserias y angustias terrenas. T es que el universo de lo suprasensorio, purifica, eleva todavía más, los faros inaccesibles de la esperanza. La amistad con los que fueron, es válvula de escape moral que lubrica los insoportables resortes de la brega cotidiana. De ahí que tendamos las antenas del dolor hacia el "sursum corda" de las quimeras; de ahí que busquemos la felicidad en la ilusión, porque sin ella no hay felicidad.

"Condenados irrevocablemente a ver los seres y las cosas reflejadas en nosotros con insípida y desoladora monotonía, dice Anatole France, experimentamos, por ello mismo, la sed ardiente de lo desconocido, la aspiración incontenible de enfrascarnos en las penumbras del más

allá". Para mí tengo, señores, que en estas pocas frases se resume el "leitmotiv" de las doctrinas espíritas.

Y, aun cuando es cierto que la ciencia positivista es fortaleza soberbia en donde moran escasos elegidos, también es verdad que la disciplina rigurosa que la helada impavidez que reina dentro de sus mullones, torna la vida escéptica, la anquilosa, le sustrae, a medida que avanzan los años, el oxígeno de la emoción.

Por eso, en veces ascendemos las leves escalinatas que conducen hasta el mirador de la espiritualidad para —a modo del cacacol que asoma la espiral de sus carnes a la temperatura eugenésica— extender, desde allí, nuestras almas al sol de los muertos... Y, esta climatología nostálgica es el piélagos estrellado que nos acerca a Dios!

Sus frecuentes y aereadas entrevistas con los intérpretes del pasado ancestral, llevaron al profesor Zea Uribe a considerar la diosa Artropos, no como un mal sino como un bien. "Morir era lo natural; vivir, el milagro".

Sabedor desde años atrás que el hilo de su existencia estaba herido, aceptó la transmigración con jubiloso estoicismo, con aquel estoicismo de la máxima: "no le temas a la muerte, porque cuando élla es, tú ya no eres, y cuando tú eres, élla no es".

Profundamente respetuoso de las opiniones ajenas así como de la libertad de conciencia, se preparó a desaparecer discretamente en la pulida redoma de su religión idealista. Iba a elevarse consigo la integridad de sus recuerdos y más caros afectos. Y, a fe que no anduvo equivocado porque en el corazón de aquel retrato, la casta compañera de su vida, reposa en la estabilidad de un amor infinito.

Al amparo de esta Escuela de Medicina, queda la imagen interrogante de Luis Zea Uribe, de este gentil-hombre del Misterio, explorador alado de los imponderables huéspedes que bogan en los trasmundos silenciosos del espíritu. El tiempo —el más longevo de los realismos materiales— desteñirá ese lienzo, borrará, insidiosamente, los rasgos somáticos, pero algo permanecerá emanando diafanidad y luz en estas aulas de la sabiduría: la radioactividad moral del Maestro!

Bogotá, septiembre 17 de 1935.

